

VICTOR HUGO
EL HOMBRE QUE RÍE

TRADUCCIÓN DE
VÍCTOR GOLDSTEIN

PRE-TEXTOS
NARRATIVA CLÁSICOS

X

UN VISTAZO DE AQUEL QUE ESTÁ FUERA DE TODO SOBRE LAS COSAS Y LOS HOMBRES

El hombre sólo piensa en vengarse del placer que le procuran. De ahí su desprecio por los comediantes.

Ese ser me hechiza, me divierte, me enseña, me encanta, me consuela, me ofrece el ideal, me resulta agradable y útil, ¿qué mal puedo devolverle? La humillación. El desdén es la bofetada a distancia. Démosle una bofetada. Me gusta, por tanto, es vil. Me sirve, en consecuencia, lo odio. ¿Dónde hay una piedra para que se la tire? Sacerdote, dame la tuya. Filósofo, dame la tuya. Bossuet, excomúlgalo. Rousseau, insúltalo. Orador, escúpele los guijarros de tu boca. Oso, lánzale tu piedra.¹ Lapidemos el árbol, magullemos el fruto y comámoslo. ¡Bravo! Y ¡abajo! Decir los versos de los poetas es ser un apestado. ¡Anda, histrión! Pongámosle en la picota de su éxito. Convirtamos su triunfo en rechifla. Está muy bien que reúna a las multitudes, para que esté solo en medio de ellas. Y es así como las clases ricas, llama-

¹ Alusión a la fábula de La Fontaine “El oso y el aficionado a los jardines”. (*N. del T.*)

das altas, inventaron para el comediante esa forma de aislamiento, el aplauso.

El populacho no es tan feroz. No odiaba a Gwynplaine. Tampoco lo despreciaba. Sólo que el último calafate de la última tripulación de la última carraca amarrada en el último de los puertos de Inglaterra se consideraba inconmensurablemente superior a ese bufón del “populacho” y creía que un calafate está tan por encima de un saltimbanqui como un lord de un calafate.

En consecuencia, como todos los comediantes, Gwynplaine era aplaudido y aislado. Por lo demás, en este mundo todo éxito es un crimen y hay que expiarlo. El que tiene la medalla tiene también el reverso.

Para Gwynplaine no había reverso. En el sentido de que los dos lados de su éxito le agradaban. Estaba satisfecho con el aplauso y contento con el aislamiento. Con el aplauso era rico; con el aislamiento, feliz.

Ser rico, en esos bajofondos, es dejar de ser miserable. Es no tener más agujeros en la ropa, más frío en el hogar, más vacío en el estómago. Es comer y beber hasta hartarse. Es tener todo lo necesario, hasta una moneda para dar a un pobre. Gwynplaine tenía esa riqueza indigente, suficiente para la libertad.

Por el lado del alma, era muy rico. Tenía amor. ¿Qué podía desear?

No deseaba nada.

Quitarle la deformidad parecería ser una buena oferta. ¡Cómo la habría rechazado! Ciertamente, no hubiera querido dejar esa máscara y recobrar su rostro, volver a ser lo que tal vez había sido, hermoso y encantador. ¿Y con qué habría mantenido a Dea? ¿Qué hubiera pasado con la pobre y dulce ciega que lo amaba? Sin ese rictus que hacía de él un payaso único, no sería más que un saltimbanqui como cualquier otro, un equilibrista como tantos otros, uno que recogiera centavos entre las rendijas de los empedrados, ¡y quizá Dea no tendría pan todos los días! Con un profundo y tierno orgullo, se sentía el protector de aquella inválida celestial. Noche, Soledad, Indigencia, Impotencia, Ignorancia, Hambre y Sed, las siete fauces abiertas de la miseria se erguían a su alrededor, y él era el San Jorge que combatía a aquel dragón. Y triunfaba sobre la miseria. ¿Cómo? Por su deformidad. Por su deformidad era útil, caritativo, victorioso, grande. No tenía más que mostrarse y el dinero acudía. Era el amo de las multitudes; el soberano de los populachos. Por Dea lo podía todo. Satisfacía sus necesidades; contentaba sus deseos, sus anhelos, sus ganas, sus fantasías, en la esfera limitada de los apetitos posibles de un ciego. Gwynplaine y Dea, como hemos mostrado, eran la providencia el uno del otro. Él se sentía transportado en sus alas, ella se sentía llevada en sus brazos. Proteger a quien te ama, dar lo necesario a quien te da las estrellas, no hay nada más dulce. Gwynplaine tenía esa felicidad suprema. Y se la debía a su de-

formidad. Esa deformidad lo hacía superior a todo. Gracias a ella se ganaba la vida, y la vida de los otros; gracias a ella tenía la independencia, la libertad, la celebridad, la satisfacción íntima, el orgullo. En esa deformidad era inaccesible. Las fatalidades nada podían contra él, más allá de ese golpe donde se habían agotado y que lo había convertido en triunfo. Ese fondo de la desdicha se había transformado en una cumbre del Elíseo. Gwynplaine estaba aprisionado en su deformidad, pero con Dea. Como hemos visto, era como estar recluido en el Paraíso. Entre ellos y el mundo de los seres vivos había una muralla. Tanto mejor. Esa muralla los encerraba, pero los defendía. ¿Qué podían contra Dea, qué podían contra Gwynplaine, con semejante reclusión de la vida a su alrededor? ¿Arrebatarse el éxito? Imposible. Hubiera sido preciso arrebatarse la cara. ¿Arrebatarse el amor? Imposible. Dea no lo veía. La ceguera de Dea era divinamente incurable. ¿Qué inconveniente tenía para Gwynplaine su deformidad? Ninguno. ¿Qué ventaja? Todas. Era amado a pesar de ese horror, y quizá a causa de él. Invalidez y deformidad, instintivamente, se habían acercado y acoplado. Ser amado, ¿no radica en eso todo? Gwynplaine no pensaba en su desfiguración más que con agradecimiento. Era bendito en ese estigma. Lo sentía con una dicha imperecedera y eterna. ¡Qué suerte que esa ventaja fuera irremediable! Mientras hubiera plazas, ferias, rutas para avanzar, pueblo abajo, cielo arriba, estarían seguros de vivir, a Dea

no le faltaría de nada, tendrían amor. Gwynplaine no hubiera cambiado su rostro por el de Apolo. Ser un monstruo era para él la forma de la felicidad.

Por eso decíamos al comenzar que el destino lo había colmado. El reprobado era un elegido.

Tan feliz era que llegaba a condolerse de los hombres que tenía en torno. Le sobraba conmiseración. Por otra parte, su instinto era mirar un poco fuera, porque ningún hombre es todo de una pieza y una naturaleza no es una abstracción; estaba encantado de vivir amurallado, pero de cuando en cuando alzaba la cabeza por encima del muro. Tras haber comparado, volvía con más alegría a su aislamiento junto a Dea.

¿Qué veía alrededor? ¿Quiénes eran esos seres vivientes cuyos ejemplares en su totalidad, cada día reemplazados por otros, le mostraban su existencia nómada? Siempre nuevas muchedumbres y siempre la misma multitud. Siempre nuevos rostros y siempre los mismos infortunios. Una promiscuidad de ruinas. Cada noche, todas las fatalidades sociales hacían corro alrededor de su felicidad.

La *Green Box* era popular.

Los precios bajos llaman a la clase baja. Los que acudían a él eran los débiles, los pobres, los pequeños. Iban a Gwynplaine como se va a la ginebra. Iban a comprar unos céntimos de olvido. Desde lo alto de su escenario, Gwynplaine pasaba revista al sombrío pueblo. Su espíritu se llenaba de todas esas apariciones sucesivas de la inmensa miseria. La fi-

sonomía humana está hecha por la conciencia y por la vida, y es la resultante de una multitud de erosiones misteriosas. No había un sufrimiento, no había una cólera, una ignominia, una desesperación cuya marca no viera Gwynplaine. Las bocas de aquellos niños no habían comido. Ese hombre era un padre, esa mujer una madre, y detrás de ellos se adivinaban familias desamparadas. Tal rostro salía del vicio y entraba en el crimen; y se comprendía el porqué: ignorancia e indigencia. Ese otro ofrecía una huella de primigenia bondad anulada por el abatimiento social y convertida en odio. Sobre aquella frente de anciana se veía el hambre; sobre aquella frente de muchacha se veía la prostitución. El mismo hecho ofrecía en la joven un recurso, pero más lúgubre. En ese amontonamiento había brazos, pero no herramientas; esos trabajadores no pedían otra cosa, pero el trabajo faltaba. A veces junto al obrero venía a sentarse un soldado, en ocasiones un inválido, y Gwynplaine divisaba el espectro de la guerra. Aquí Gwynplaine leía desocupación, allá explotación, allí servidumbre. En algunas frentes comprobaba un vago retroceso hacia la animalidad, un lento retorno del hombre al estado animal producido abajo por la presión oscura de la felicidad de arriba. En esas tinieblas había para Gwynplaine un tragaluz a través del cual él y Dea recibían felicidad, en medio de la condenación. Gwynplaine sentía sobre él el pisoteo inconsciente de los poderosos, de los opulentos, de los magníficos, de los grandes, de los ele-

gidos del azar; por debajo, distinguía el montón de rostros pálidos de los desheredados; se veía, a él y a Dea, con su ínfima felicidad, tan inmensa, entre dos mundos; arriba, el mundo que iba y venía, libre, dichoso, bailando, pisoteando al resto; arriba, el mundo que avanza; abajo, el mundo sobre el cual se avanza. Cosa fatal, y que indica un profundo mal social, ¡la luz aplasta la sombra! Gwynplaine era consciente de aquel duelo. ¿Cómo? ¡Un destino tan a ras del suelo! ¡El hombre arrastrándose de tal manera! ¡Tal adherencia al polvo y al fango, tal repugnancia, tal abdicación y tal abyección que uno tiene ganas de pisotearla! ¿De dónde surge esa vida terrenal? ¿Cómo? ¡En esa muchedumbre que tiene hambre y que en todas partes, delante de todos, ignora el interrogante del crimen o la vergüenza! ¡La inflexibilidad de las leyes que producen el debilitamiento de las conciencias! ¡Ni un solo niño que no crezca para ser un enano! ¡Ni una virgen que no se desarrolle para ser ofrecida! ¡Ni una rosa que no nazca para ser baboseada! A veces sus ojos, curiosos y emocionados, trataban de ver hasta el fondo de esa oscuridad donde agonizaban tantos esfuerzos inútiles y donde luchaban tantas fatigas, familias devoradas por la sociedad, costumbres torturadas por las leyes, heridas gangrenadas por la penalidad, indigencias carcomidas por los impuestos, inteligencias que se van a pique en medio de la ignorancia, balsas en peligro cubiertas de hambrientos, guerras, hambrunas, estertores, gritos, desaparicio-

nes; y sentía el vago sobrecogimiento de esa punzante angustia universal. Tenía la visión de toda esa espuma de la desdicha sobre el sombrío desorden humano. Él estaba en el puerto, y miraba alrededor ese naufragio. Por momentos, se llevaba las manos a su cabeza desfigurada, y reflexionaba.

¡Qué locura ser feliz! ¡Cómo es posible soñar! Se le ocurrían ciertas ideas. Lo absurdo le atravesaba el cerebro. Porque antaño había socorrido a una niña sentía veleidades de socorrer al mundo. Nubes de ensoñación le oscurecían a veces su propia realidad; perdía el sentimiento de la proporción hasta decirse: ¿Qué se podría hacer por ese pobre pueblo? En ocasiones se sentía tan absorto que lo decía en voz alta. Entonces Ursus se encogía de hombros y lo miraba fijamente. Y Gwynplaine seguía soñando: “¡Oh, si fuera poderoso, cómo acudiría en ayuda de los desdichados! Pero ¿qué soy? Un átomo. ¿Qué puedo hacer? Nada”.

Se equivocaba. Podía hacer mucho por los desgraciados. Los hacía reír.

Y, ya lo hemos dicho, hacer reír es hacer olvidar. Un distribuidor de olvido, ¡qué benefactor sobre la tierra!